

La Catalización del Amor. Desarrollo de la Teoría Psicoanalítica de Sándor Ferenczi Izette de Forest.

CAPITULO 5. RECONCILIACIÓN, UN LOGRO CREATIVO.

La falta de armonía es insoportable para los seres humanos¹

Los neonatos humanos, salvo contadas excepciones nacen en la búsqueda de un entorno amoroso. Esto es la prolongación de la condición de existencia en el útero. Esto puede, desafortunadamente, durar unos pocos días o meses. Ello representa la “seguridad” que nuestros modernos pediatras, psicoterapeutas y sociólogos nos representan como el elemento necesario para la salud corporal, mental y espiritual del niño. Estos especialistas en relaciones humanas a menudo dicen, de diversas maneras, “A los niños hay que darles amor, -o si no-...” tendiendo a asustar así a padres que tienen buena disposición. Pero seguramente, ellos deben saber que el amor, de entre todas las cosas, no puede ser algo entregado como respuesta a una advertencia.

Ellos insisten en que el amor es esencial para el crecimiento, pero en ocasiones se equivocan en especificar uno de los aspectos más significativos de este hecho —una razón que podrían considerar evidente por sí misma-: que estar siendo rodeado por un cuidado amoroso permite y estimula la respuesta de amor del niño. Es esta respuesta, esta expansión del ser del niño, la que es de fundamental importancia, como motivación para cada sistema fisiológico en su cuerpo, tanto como para las áreas mentales y emocionales de su personalidad. Los doctores C. Anderson Aldrich y Mary M. Aldrich, en *Los Bebés son seres Humanos*, dicen que no hay etapa en la vida en la que el ser humano haga un esfuerzo tan agotador como en la infancia, y comentan: “El hace su trabajo de una manera tremendamente seria”. Si no estamos dispuestos a considerar el proceso de crecimiento como algo puramente automático, debemos buscar la motivación emocional que subyace a este tremendo esfuerzo prematuro.

Yo creo firmemente que esta motivación puede encontrarse en la propia necesidad de amar del niño; de amarse a sí mismo, amando todo aquello que lo rodea. Si cada esfuerzo es liberado: él se convierte en alguien más grande -en todo el sentido de la palabra- desde el momento de la concepción. Crece expandiéndose en su ambiente, ocupando más y más espacio, alcanzando un contacto más cercano con cada elemento de su entorno. Desde el punto de vista de su desarrollo emocional, el más importante de esos elementos son los otros seres humanos que están cerca de él. El, se expande hacia ellos. Esta ampliación de sí mismo en el amor, provee el estímulo para el desarrollo completo de la mente y el cuerpo del niño. Es un dínamo que transforma su energía. Para asegurar esta extensión del niño, el ambiente debe proveer una atmósfera que lo acoja, el niño debe ser amado. Por este regalo de amor, el niño estará seguro de tener la oportunidad de desarrollar y expresar su capacidad y anhelo de dar amor, y de ese modo crear en sí mismo el estímulo emocional básico para un crecimiento sano. Como bien sabemos, el acto del amor estimula la totalidad del ser. La emoción del amor le da vitalidad a cada proceso físico y mental.

Hay pocos padres que no puedan aceptar estos hechos fundamentales y que no puedan esforzarse amorosamente para proveer esta oportunidad. El temperamento inherente del bebé, sin embargo, ocupa un lugar tempranamente en su mismo crecimiento, presentando ciertas dificultades en el camino de la relación mutua con quienes lo rodean. El crecimiento es un proceso apasionado, como dicen los Aldriches, e implica un desarrollo de acuerdo a la propia constitución heredada. Es implacable en su intensidad; y ella, tarde o

1 .- Citado por el Dr. Otto Kant, en una conversación personal.

temprano, irá en contra de las demandas y deseos del ambiente humano, así como de las leyes del mundo físico. La seguridad que rodea al niño debe ser, en consecuencia, lentamente, o en ocasiones rápidamente, retirada

En algunos casos, la naturaleza del infante en concomitancia con el temperamento de sus padres, hace inevitable cierta obstrucción, la que a menudo resultará en una desastrosa deformación del carácter. En otros casos, puede suceder que ciertas circunstancias externas produzcan ese desafortunado efecto, como el caso de un niño de dos años, cuya única hermana menor, nació con una deformación en el pie. Este pequeño niño sufrió un traumático rechazo de sus padres en favor de su hermana. Un frustrante obstáculo se había interpuesto en el camino de su desarrollo a la sanidad. En consecuencia, para él, sería esencial diseñar inconscientemente un nuevo derrotero para su crecimiento -dado que la vida persiste-, ya fuese hacia delante, hacia atrás o por la tangente. Una organización neurótica -como lo define el Dr. Andras Angyal², “un neurótico estilo de vida”- fue creada por este niño, y una personalidad severamente distorsionada se fue instalando a lo largo de sus primeros años, continuando hacia la adultez.

Existe en toda experiencia humana, y a una muy temprana edad, un momento o una serie de momentos traumáticos, en los cuales las figuras humanas significativas de un niño entran en seria contradicción con él. Y es en ese momento, cuando la necesidad básica del niño de expresar su amor, y por esa vía intensificar sus saludables procesos de crecimiento experimenta, por decir lo menos, una pérdida de nutrientes -una de las más crueles frustraciones-, y una brusca detención de su desarrollo. Este momento representa una insoportable “desarmonía” para el niño.

Si la desarmonía es insoportable para los seres humanos, siempre se debería intentar deshacer esta condición de daño. Es aquí donde esta necesidad de reconciliación entra en juego. La Reconciliación es definida como “la restauración de la armonía o de la amistad”. Y esto es, exactamente, lo que el niño o el joven pretenden hacer. Su necesidad de amor es tan apremiante que él está inconscientemente predispuesto a sacrificar su propia naturaleza, sometiéndola a la de los padres, para aprender a convertirse en el niño que ellos desearían tener y aceptarían con amor. Ningún esfuerzo es demasiado grande para alcanzar la restauración de esta amistad, y para volver a encontrar nuevamente cierto valor a los ojos de los padres. Su comportamiento, la naturaleza de sus procesos de pensamiento, sus normas de valor, incluso la elección de que emociones permitirse conscientemente, y cuales expresar; se convierte gradualmente en la base de su alterada personalidad. Puede perder toda originalidad de pensamiento y de imaginación; puede convertirse en una persona que no sienta, casi totalmente desvitalizada; puede sufrir de crónicos trastornos psicossomáticos. Este cambio de personalidad en muchos casos constituye la etapa inicial en la estructuración de una neurosis, “un proceso consistente con su lógica y leyes propias” como lo describió el Dr. Angyal.

El niño de dos años anteriormente mencionado, aprendió a partir de este trágico rechazo a fundar todo su comportamiento e incluso sus principios morales, bajo las normas de sus padres, como por ejemplo, uno de los crímenes que había que evitar era el de “herir los sentimientos” de otra persona. En su caso, esto significaba no herir los sentimientos de su hermana ni -más importante aún- los de su madre, quien con exagerada sensibilidad creía que ella y solo ella era la responsable de la deformidad de su hija. Entrenado para no herir nunca los sentimientos de otro, se vio forzado a entrenarse en engañar, mentir y robar. Su curiosidad natural se trastocó en voyeurismo. Sus recursos mentales, de una inusual potencialidad, fueron canalizados durante la adultez joven hacia la resolución de complejos problemas en el campo de la comunicación humana y la publicidad. Sufría de impotencia sexual, y de una incapacidad de poder sentir tanto la rabia como el amor. Su vida emocional, o lo poco que quedaba de ella, estaba dedicada a mantener prolongados vínculos con personalidades complejas, a quienes buscaba y cortejaba asiduamente, intentando aunque sin éxito, comunicarse con ellas, ajustándose a sus complicaciones neuróticas. Había creado una vida totalmente estéril.

La necesidad humana de reconciliación puede entonces, ser vista como estando en el origen de la neurosis y ella reaparece, nuevamente, cuando la neurosis se despliega y quien la padece es finalmente

2 - “The Convergence of Psychotherapy and Religion” Journal of Pastoral Care, Vol. 5, N° 4, Winter, 1952. (“Convergencia de la Psicoterapia y la Religión”).

forzado a admitir su necesidad de ayuda. En este punto, la primera dificultad es siempre, inevitablemente, la de unas infelices e insatisfactorias relaciones personales. No hay paciente neurótico que, en una importante proporción, pueda ser capaz de vivir en paz, y en una relación de amor y de consideración con su prójimo. Este es el núcleo central de las neurosis. Esta es la queja básica que se emite cuando se pide ayuda psicoterapéutica, se busca nuevamente el poder reconciliarse; buscando relaciones armónicas con las figuras significativas de su ambiente.

Habiendo sacrificado en su infancia su naturaleza auténtica con el objeto de obtener la amistad de sus padres, el neurótico ha continuado transitando a lo largo de un pernicioso sendero tangencial de desarrollo en el cual se ha embarcado. Su temperamento innato sufre en los años posteriores increíbles distorsiones, en la creencia y esperanza de que toda la gente con quienes llegue a vincularse serán consistentes con aquellas de su infancia, a quienes el intentó ajustarse; de que van a hacer las mismas demandas, aceptaran su constante esfuerzo de acceder a sus deseos y que, por último, lo amaran como recompensa por su autosacrificio. Sin embargo, la infelicidad que siempre ha acompañado a este inútil sacrificio, el sentimiento de vergüenza de sí y de culpabilidad por la traición a su ser real, constantemente le impiden ganar la ansiada aceptación. Dado que en el desarrollo de su neurosis él se ha convertido en una persona sin amor, le es imposible obtener amor de vuelta. Esta es, paradójicamente la repetición de aquella temprana experiencia de fracaso cuando potencialmente se vio forzado a renunciar a su real curso de crecimiento.

El gran sacrificio que hizo cuando niño no ha tenido éxito; debido a su apremiante necesidad de ser amado, -aquello que se habría convertido en autoestima-, se ha visto forzado a actuar dentro de un característico esquema neurótico, que a su vez se ha prolongado durante la adolescencia y la adultez. La constante experiencia de fracaso finalmente lo vence, llevándolo a admitir la falta de armonía de su vida, y a pedir ayuda. Cada paciente neurótico formula el mismo tipo de pregunta: “¿Cómo puedo tener amistades exitosas?, ¿Cómo puedo reparar, como puedo aprender a cultivar mis relaciones personales? He llegado a un punto límite en mi relación con mis hijos, con mi esposa, con mis amigos, con mi jefe”.

La tercera aparición de la necesidad de reconciliación llega durante el tratamiento psicoterapéutico exitoso y en una nueva forma. En contraposición a su motivación en la creación de la neurosis, y en su motivación de la búsqueda de ayuda terapéutica, nosotros la encontramos ahora como una señal final de “cura”.

El proceso psicoterapéutico consiste en establecer por primera vez en la vida del paciente una relación personal exitosa y duradera. Consiste en un estudio mutuo del paciente y terapeuta, sobre las distorsiones del carácter del primero, entendiéndolas como productos de su temprana infancia; en como se fueron desarrollaron compulsivamente a lo largo de los últimos años de vida; y en como ellas se expresan en la experiencia del paciente durante la terapia, tanto en su mundo contingente actual como en su manifestación –crecientemente progresiva- en relación al terapeuta por medio del fenómeno de la transferencia. Estas distorsiones, de hecho, comienzan a desaparecer en el proceso de la terapia, siendo impotentes en el cumplimiento de los objetivos neuróticos; debido a que son distorsiones, el terapeuta aprende a reconocer su apariencia y se niega a ceder a su presión. Si él aceptase sin discriminar, esta falsa imagen como si fuera cierta, le demostraría al paciente que no podrá amorosamente aceptar su verdadera naturaleza. Este sería el triunfo que la neurosis pretende instaurar. Si fracasa en aceptar la imagen falsa, no reconociéndola como un esfuerzo de autodefensa de un niño rechazado, se comporta exactamente como con las figuras de la infancia, que no amaban ni a la figura falsa ni a la verdadera. Este resultado podría repetir los fracasos de sus relaciones neuróticas personales. El resultado anterior representaría para el paciente su aceptación final y concluyente de sí, como un ser distorsionado; y ello representaría un nuevo fracaso familiar. Al rehusar jugar el juego del inconsciente del paciente con sus distorsiones de carácter, el terapeuta pone un énfasis esencial en el valor de la naturaleza del paciente, la que está escondida debajo de estas distorsiones. En esta opción, también le muestra respeto por los insistentes esfuerzos del paciente de salvar su vida, incluso a riesgo de perder su integridad, o tal vez su sanidad.

La última etapa de la psicoterapia es un período de investigación en la búsqueda de la reconciliación. Las variadas relaciones fallidas en la vida anterior del paciente son revisadas, examinadas y reevaluadas. Se hace el intento de apreciarlas desde una nueva perspectiva y con emociones maduras, para poder situar la

culpa donde corresponda. Pronto se hace evidente que esto es inútil; que ello no está en concordancia con el anhelo de desarrollarse en la benevolencia del amor. El perdonar los errores del pasado trágico se convierte en una expresión necesaria del amor. Y, con el perdón, el pasado es reconocido bajo una nueva luz. En el esfuerzo ya recuperado de vivir en armonía y amor con los padres de uno, con todas las figuras significativas de la infancia, aunque sea en el recuerdo, y con uno mismo, el paciente toma conciencia de que en todos los seres humanos hay una genuina amorosidad: aquello que los cuáqueros llaman “El Dios que hay en todo hombre”. La misma cadena de eventos emocionales, se hace presente en lo que respecta a las relaciones contemporáneas, y por último, en relación al terapeuta. Aquí los errores y los malos entendidos, de ambos a lo largo de todo el período de la terapia son admitidos, lamentados y perdonados mutuamente. Se alcanza así una verdadera reconciliación.

El éxito tan anhelado de aprender a restaurar la amistad en total independencia, hace posible el reencuentro con el propio ser de la persona. Al desplegarse uno mismo en la genuina amorosidad de la verdadera naturaleza de uno, se crea el verdadero ambiente de amor, el cual a su vez invita al cumplimiento continuo de las potencialidades amorosas de cada ser.

Volver a Ediciones Digitales
Volver a Newsletter 16-ex-70